

HOMENAJE A LA MARINA DE CHILE

El Rotary Club de Valparaíso rindió un homenaje a la Armada de Chile con ocasión de cumplirse el 91º Aniversario del Combate de Iquique. Con tal motivo su presidente, don Alberto Boudeguer Guerra, distinguido médico, pronunció el siguiente discurso en la reunión a que fueron invitados altos jefes navales de la zona.

Rotary Club, siguiendo sus tradicionales normas de rendir homenaje a los hechos y a las instituciones que entrañan trascendencia y hondo significado en nuestra vida de relaciones humanas, no puede menos, en la fecha que se conmemora el Combate Naval de Iquique, ocurrido el 21 de mayo de 1879, que expresarles a los marinos de Chile nuestros más sinceros y cordiales sentimientos de admiración y aprecio.

Los que hemos nacido en esta tierra, hemos abierto los ojos al mundo en medio de un favorable panorama de la naturaleza; así, lo primero ha sido contemplar nuestro cielo, en donde a menudo nos suele brillar el sol, mientras en las noches despejadas las estrellas nos engalanan con su fulgor de plata salpicando de puntos brillantes el velo azul oscuro que nos cubre. Hacia el oriente, diseñando las fronteras de ese lado, se levanta la Cordillera de los Andes, altiva, pincelados de blanco sus picachos por las nieves. Mientras tanto la extensión de sus faldeos a occidente, nos contiene en tal forma, como si nos quisiera arrojar hacia el inmenso océano, dejándonos apenas una faja estrechísima de tierra como sugiriéndonos que en ese mar, que baña nuestras costas, reside el gran destino de nuestra Patria.

Pienso que es así, porque el mar es cuna de embrujos y de encantos. Sus maravillas impresionan nuestros sentidos desde la niñez: una puesta de sol, por ejemplo, es como abrir un libro de cuentos, que en vez de letras de imprenta tiene estrellas y cuando refleja la luna, nos conduce al romanticismo juvenil. Nos proporciona poesía el parpadeo de los faros, el revoloteo de las gaviotas y el lamento de los vientos cuando rizan sus olas encrepadas. En el orden material, nos ofrece sus riquezas encerradas en sus profundidades, para que las sepamos aprovechar, si somos laboriosos. En el aspecto cultural, mediante las naves que lo surcan, permite desparramar el conocimiento humano, prodigar fraternidad y captar la idiosincrasia de los hombres de cada confín del mundo adonde llegan los navegantes. Por último, desde que el mundo tiene historia, en su seno han tenido lugar notables hechos e increíbles gestas.

Chile, bañado por el mar en su larga extensión, de norte a sur, explica el papel preponderante que ha jugado en los anales de la historia patria. Desde los primeros años de vida republicana, reconocemos como institución a la Marina chilena, haciendo siempre gala de hechos que se jalonaron en tal forma, que el 21 de mayo, ya señalado, llegó a su culminación, cuando una débil embarcación, en un titánico combate, destacó la figura excelsa de Arturo Prat, ser extraordinario que rindió su vida en esa homérica hazaña.

En este hecho de armas está contenida toda una simbología, que justificadamente interpretada, confiere un sello de respeto, de admiración y de virtudes a todo aquel que ostenta el uniforme azul de los marinos.

No es el caso, ahora, de entrar en los detalles del singular combate, porque son de todos conocidos. Cabe más bien considerar sus aspectos más significativos y, en este sentido, detenernos en la personalidad de Prat, que llegó a ser un escogido de la guerra para que fuera honra de su Patria y orgullo legítimo de la Marina.

Nació Prat el 4 de agosto de 1848; siendo niño, fue siempre de una contextura débil y enfermiza. Nada hacía presagiar que en la intimidad de su espíritu residía el alma de un gigante, que su excesiva modestia mantuvo oculta.

De las ternuras de hogar y sólo cuando contaba nueve años, entró a una Escuela Superior; toda su niñez se templó en la adversidad, no desmayando nunca para buscar el camino de la superación y del perfeccionamiento. Siendo muchacho, estudiaba en forma esforzada, mientras lo observaban los ojos casi quietos de su padre paralítico.

Escogido por concurso, la Escuela Naval pudo contarle entre los suyos. He aquí algo que nos impulsa a meditar y tal vez a filosofar; tuvo precisamente como compañeros a Condell, a Latorre, a Uribe, a Montt, y a tantos otros, formando un conjunto al que hoy se le distingue como "el curso de los héroes". Podría, tal vez, inferirse que un sino misterioso de predestinación engarzó tempranamente a los que más tarde iban a constituirse en el orgullo de la chilenidad y de la institución a la cual pertenecían.

En 1860, por primera vez en su condición de cadete, pisó la cubierta de un buque y fue precisamente la de la "Esmeralda". Así el cauce de su destino empezaba a orientarse en ese instante. En 1873 vio coronada su gran aspiración sentimental, contrayendo matrimonio en el Salón de Honor del Club Naval, con doña Carmela Carvajal. No obstante ser oficial de Marina, en busca de otras inquietudes, recibió también el título de Abogado, traduciendo su perseverancia y lo que era capaz como para poder cumplir con deberes tan diversos que le imponían estos dos tipos de actividades profesionales. Cuando se presentó a la Corte Suprema para rendir la última prueba, el portero le pidió su espada y Prat se la entregó, sonriéndose, por ser ya vencedora en Papudo y en Abtao. ¡Y pensar que iba a ser la espada que se le arrancarían sólo a su cadáver! Regresó a bordo en donde fue acogido con una alegre diana e intensamente felicitado.

Desde que salió de la Escuela Naval, llamó la atención el hecho que se operó en el futuro héroe un cambio profundo de

carácter, llegando a ser una personalidad moral completa, al calor de su hogar como a bordo de los buques. Modestísimo, sobrio de palabras, con un gran sentido de sus responsabilidades y con condiciones innatas, pero ocultas, para la abnegación y el sacrificio. Podría bien decirse que constituía una joya humana, que escondía en su intimidad un diamante que cada vez iba puliendo con sus actuaciones, para transformarlo en un brillante tallado de virtudes.

Vino la Guerra del Pacífico. El día que recibió la orden de embarcarse, tenía gravemente enferma a una hija; sin comunicar a nadie esta desgraciada circunstancia, se embarcó sin vacilar. Desde Coquimbo, escribió, entonces, a su esposa estas palabras: "Nunca más dura una separación que hoy, que al natural sentimiento que ella me ocasiona, se agrega la necesidad que de mi presencia había en casa; pero, qué hacer, mi puesto y las circunstancias exigen de nosotros estos sacrificios que tu gran corazón y buen sentido te ayudarán a sobrellevar". Tal era la concepción que tenía de sus deberes.

Así llegamos a ese día, el 21 de mayo de 1879, en que el Capitán Prat saltó sobre el monitor "Huáscar". Al abordarlo, cayó mortalmente herido, posando previamente una rodilla sobre la cubierta enemiga, coincidiendo tal vez, en sus pensamientos, con el recuerdo instantáneo de su Patria a la que ofrecía este holocausto y de su mujer y de sus seres queridos, que en la lejanía y con ansiedad estarían rogando intensamente por él.

Junto al heroísmo de Prat, no podemos dejar de mencionar a Serrano, a Riquelme, a Aldea y a tantos otros; en general, a todos los oficiales y modestos hombres de la tripulación de la "Esmeralda", que no vacilaron en ceder sus vidas, no sin antes combatir con hombría y con bravura.

Un análisis de este acontecimiento histórico nos impulsa a preguntarnos: ¿Por qué Prat no aceptó una rendición, ante la superioridad evidente del adversario y la seguridad de una derrota, si en esa época no era indigno capitular en tales circunstancias?

Empíricamente, sólo cabe presumir que pretendió no ser infiel a la voz interior de su conciencia, tal vez de inspiración extrahumana, que le sugirió combinar su gran capacidad, su inmensa fe, conjuntamente con su imaginación sin límites para vislumbrar las consecuencias de un suceso, cualesquiera que fueran sus variantes. ¿Quizá qué de misterioso tenía su personalidad; quizá qué de otros sentidos era poseedor?

Grau, caballero del mar, en un gesto fraternal y de respeto, devolvió a su viuda la espada que blandía y otros íntimos objetos, con una carta en donde le hacía presente su temerario arrojo.

Prat fue sepultado en el mismo Iquique, gracias a la generosidad del ciudadano español Eduardo Llanos. En mayo de 1888, buques de la Escuadra trasladaron sus restos al puerto de Valparaíso. El convoy llevaba 68 representantes de diversas corporaciones e instituciones del país y con ellas el hijo del héroe, que sólo contaba con 9 años de edad, a quien se le dedicó como recuerdo un álbum con la firma de todos ellos, en cuya portada se lee esta hermosa dedicatoria:

“Esta ofrenda tributo de cariño
 Que en sus páginas lleva vuestro nombre,
 Guárdala hoy con tu candor de niño
 Que ya después la apreciarás como hombre”.

“Hijo de Prat y de la Patria orgullo...
 Pliegue a la Providencia
 Que el que ha heredado un nombre como el tuyo
 Conserve con honor tan grande herencia”.

Con todo lo acaecido, la Marina de Chile se siente aún mucho más investida de gloria y de una solvencia respetable como fuerza armada de nuestro Chile. Es una institución que emplea dignamente el Océano, cuando las circunstancias imperiosas de un conflicto bélico lo exigen, pero también lo utiliza de igual manera en los tiempos de paz, mediante acciones útiles variadas. Contribuye a la nación defendiendo su soberanía y el orden institucional, como también sirviendo a la comunidad las veces que sea necesario. En lo internacional es portadora de la fraternidad y del espíritu de buena voluntad que caracteriza al chileno, como mecanismo base del entendimiento entre los pueblos y de la sana convivencia humana. Hé aquí pues, toda una gama de coincidencias con nuestros propios postulados.

Mañana 21 de mayo se cumplen 91 años de aquel combate realizado en la rada de Iquique, en el que los dos buques de madera más débiles se enfrentaron con los dos más formidables acorazados enemigos. Veremos, entonces, desfilar a nuestros marinos con la Escuela Naval a la cabeza. Los niños los seguirán, atraídos por las músicas marciales; los adolescentes, los jóvenes y los adultos proyectarán su fervor patriótico y con aplausos les expresarán el reconocimiento que merecen, como dignos representantes de nuestra raza, de araucano origen, en amalgama con la savia de la Madre España.

Pero también mañana recordaremos con unción el momento aquel en que la vieja corbeta inclinó su proa, hundiéndose en las aguas, generando la majestad de lo eterno y de lo grande, mientras emergía del fondo del mar el himno inmortal de tanta hazaña y el alma de Prat se encumbraba más arriba de las nieblas y de las nubes, y sus rocíos de gloria se extendían al mundo, a Chile y a su Marina.

